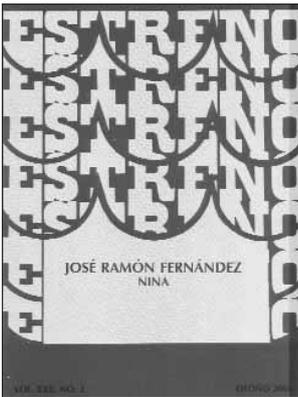
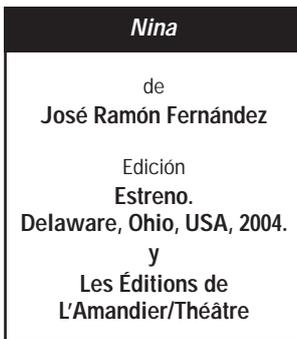


# Nina

de José Ramón Fernández

Magda Ruggeri Marchetti



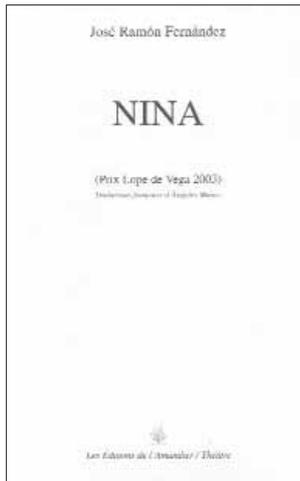
José Ramón Fernández debe su formación no sólo a sus estudios filológicos universitarios, sino también a los talleres de Alonso de Santos, Marco Antonio de la Parra, etc., y a la larga colaboración con Guillermo Heras. Con este último y otros dramaturgos de su generación fundó El Astillero, uno de los grupos teatrales más importantes de la escena española actual. Cuenta con dieciocho dramas entre publicados e inéditos y, además de sus obras individuales, ha trabajado en colaboración con otros dramaturgos y directores. Entre estos últimos, sin duda la más conocida es la *Trilogía de la Juventud* con Yolanda Pallín y Javier Yagüe.

Entre los numerosos premios recibidos recordamos el *Calderón de la Barca 1993* por *Para quemar la memoria*, una gran obra de la que ya nos ocupamos ampliamente («Cuadernos de dramaturgia» n.º 3, Alicante, 1998) y el *Lope de Vega 2003* por *Nina*. Hija de la Nina de *La Gaviota* de Chejov, se distancia de ella por el ambiente, la época y la evolución positiva de los personajes. Nuestro autor ha construido una obra intimista donde pasado y presente se mezclan a través de la protagonista que vuelve al pueblo de su infancia y su primera juventud y su retorno le hace revivir ese tiempo y buscar en él las razones de su derrota. Por sus referencias al cine y sobre todo por la cita de la canción *Devórame otra vez* se le puede dar una colocación temporal exacta y describe perfectamente la vida de unos jóvenes de hoy, clónicos intercambiables con los de cualquier país de Europa.

Su perfecta construcción respeta las unidades de tiempo y lugar. Todo se desarrolla en el espacio de una noche y en el *hall* de un hotel. Tres son los personajes presentes en escena, pero a través de ellos conocemos un mundo, un ambiente. Comprendemos que sus protagonistas, aunque jóvenes, ya se sienten viejos y fracasados no sólo a través del diálogo, sino sobre todo por la acotación. Es ésta una característica de los dramas de José Ramón Fernández, que se considera con razón discípulo de Valle Inclán. Sus acotaciones en efecto más que indicar

movimientos y gestos, contienen reflexiones que hacen comprender mejor el sentido de la historia, revelan sobre todo el estado de ánimo del personaje, indagando su psicología. Ya la primera didascalía no sólo describe a la protagonista como a un ser donde «Ya sólo queda en su cuerpo un apremiante deseo de quietud», sino que también comenta que su físico «Vencido sobre el mostrador, es de cristales» y que «No puede soportar hablar con nadie; tiene una bola de alambre en la garganta». También subraya su falta de voluntad: «necesita dejarse llevar, obedecer como lo hacen los enfermos». Otra acotación nos describe de qué manera ha intentado ahogar los fracasos de su vida: «Bebe con la facilidad que da el haber bebido mucho» pero a pesar de sus derrotas «no está dispuesta a que nadie la mire desde arriba» y va a intentar recuperarse, cambiar las cosas como evidencia su afirmación: «Lo único que me queda es volver a intentar hacer bien las cosas» y al final tiene la fuerza de irse otra vez del pueblo y la esperanza está en la última acotación: «La noche ha terminado. A este día le seguirán otros, aunque ahora parezca imposible».

Nina recuerda a Marta de *Si amanece nos vamos*, pero la diferencia está en el hecho de que la primera decide irse, volver a empezar mientras que la segunda está totalmente abatida. Nuestra protagonista cuenta las desilusiones amorosas y laborales que ha sufrido en los siete años que ha transcurrido fuera en un breve coloquio con Blas, un amigo de su juventud, también descrito no sólo por Esteban («... eres un inútil, Blas»), sino, sobre todo, por la didascalía: «En sus ojos hay una derrota triste, sin esperanza [...] Su reacción es siempre la de un muchacho». En efecto parece no tener nunca una opinión propia, sino que actúa siempre «como si imitase los gestos de sus personas mayores. Como si llevase puesto el cuerpo de Esteban». No sabe reaccionar a la falta de amor de su mujer, a su continua traición, y su sufrimiento le hace preferir evitar saber («...no es capaz de indagar donde [han] visto a su mujer») y termina por darse cuenta de que a Nina no le interesa



nada de su vida y solo quiere «información sobre Gabi». Sin embargo durante la función evoluciona y al final seguirá el consejo de Esteban que le incita a optar por su autonomía personal: lo importante no es que se vaya o no con Nina sino «que sea porque» él así lo determine, porque su vida «va a empezar en cuanto que decida algo». Y en efecto dirá a su amigo de la infancia «No quiero irme. Lo que yo quiero está aquí».

Es muy interesante el rol que tienen en la obra los personajes ausentes pertenecientes al grupo de la protagonista, descritos como los demás no sólo a través del diálogo, sino también mediante la didascalía. Citamos tan sólo a María, que «prefiere quedarse merodeando a Gabi como una perra y no puede soportar [su] existencia». En este sentido recuerda a los personajes de *Historia de una escalera* de Buero Vallejo que han fracasado por no haber escogido la verdad de los sen-

timientos. En efecto se casó con Blas «para poner una pared a lo que no era capaz de dejar» y esperaba que su marido la obligase. Casándose con él sin amor «empezó a no tenerse respeto». De la misma forma se materializan los demás personajes ausentes: Pedro, Irene y Gabi que tienen gran importancia en la trama.

Aunque la obra está anclada a la realidad cotidiana nunca falta la dimensión simbólica y trágica. Su destilado dramático tiene una proyección intemporal en problemas universales como la convivencia con los demás, el de la vida y la muerte o la fragilidad de la memoria vital, coherentemente con la mejor producción del autor. Mención especial merece el uso de la lengua, sujeto de una atenta labor de revisión y perfeccionamiento en la que la exactitud expresiva y el diálogo elaborado están al servicio de una alta dramaticidad. ■

## El vals de los condenados

de Santiago Martín Bermúdez

Ignacio del Moral

*El vals de los condenados*

de  
Santiago Martín Bermúdez

Edición  
Centro de Ediciones  
Diputación de Málaga  
Málaga, 2004

Autor ya de una decena de obras teatrales, a pesar de lo confesadamente tardío de sus comienzos —como dramaturgo, ya que formó parte del legendario grupo Los Goliardos—, Santiago Martín ha desarrollado una singular carrera como escritor dramático, que muestra como señas de identidad el amor a la música (es autor de algunos libretos para ópera, y ejerce de crítico y ensayista musical), a la cultura francesa (ha publicado numerosas traducciones), el sentido del humor (al que tenemos acceso quienes de vez cuando tenemos el gusto de compartir el tiempo con él) y... el cariño por los muertos: En efecto, tanto en esta obra como otras varias de las suyas, entre otras *No faltéis esta noche*, con la que obtuvo el *Premio Lope de Vega en 1995* desempeñan un importante papel personajes ya fallecidos que por una u otra razón son traídos de vuelta al más acá u obligados a seguir sus avatares en el más allá.

La obra que nos ocupa propone un interesante ejercicio acerca de tres intensos personajes de las letras francesas del siglo XX: Pierre Drieu de la Rochelle, Louis Aragon y

André Malraux, que son convocados a un singular juicio póstumo que se ha venido posponiendo hasta que fallezca la que ha de ejercer de abogada defensora, Madame Dominique de Beaumanoir, que ha sido en vida biógrafo de los tres, lo que ha de suponer un conocimiento y afecto hacia sus biografiados que la hacen indicada para este menester. La propia fallecida es la primera sorprendida cuando, al poco de morir, se ve requerida para esta tarea por un singular tribunal.

Tan original planteamiento se desarrolla en forma de una «vista» de reglas algo peregrinas, en la que lo que se pide a los acusados, fundamentalmente, que expliquen sus trayectorias vitales antes de ser admitidos definitivamente en la otra vida, y entre cuyas sesiones se intercalan, a lo largo de 14 escenas, situaciones de confrontación entre los diferentes personajes.

Las relaciones entre ellos, sus avatares literarios e intelectuales, son la materia de la obra, y al hilo de este argumento, se entreteje una reflexión acerca del siempre candente tema del compromiso, de la relación